interpongan fuerzas extrañas que podrían cobrar sus servicios con el precio de su soberanía».[25]

«Cuando leí el telegrama del general Albán anunciando el triunfo de Emperador y desautorizando el desembarque de tropas del *Iowa*, lo aplaudí con todas mis fuerzas, porque todo lo que salve la honra nacional *verdaderamente comprometida* es digno de encomio».[26] El telegrama en cuestión decía:

«Culebra 24. Secretario Gobierno. Panamá. • Comunique inmediatamente cónsul americano y capitán *Iowa*, que revolucionarios aquí batidos completamente, y línea ferrocarril guarnecida por nuestras tropas, de suerte que es inútil la venida de fuerzas extranjeras. Seguimos ahora sobre Cascadas e iremos a Colón si es posible, antes de que lleguen esos señores. Inútil vengan más fuerzas, pero sí convendría mandar a Miraflores para hacer acto de presencia. • Albán».[27]

Inútil fue este mensaje. Los norteamericanos siempre desembarcaron, y por la mañana, el mismo tren que llevó una media compañía gobiernista a Miraflores, condujo a esos marineros, ya protegidos con un carro blindado, hasta Matachín.

Allí estaba el general Albán con sus tropas, donde conferenció con el capitán Perry, comandante del *Iowa*. Con energía reclamó sobre la conducta de la compañía ferroviaria, afirmando que favorecía los movimientos revolucionarios, y al mismo tiempo negaba al Gobierno el servicio para el transporte de armas y de tropas, contra lo prescrito en el contrato de 5 de julio de 1867.

El lunes 25 el general Albán regresó a la ciudad de Panamá para continuar en la dirección de su campaña bélica cuyo siguiente objetivo prioritario era expulsar a los liberales de la ciudad de Colón...

San Pablo y Buena Vista

Como ya vimos, el general De la Rosa, comandante liberal de Colón, envió la mayor parte de sus fuerzas al mando del general Por-

firio Sotomayor con destino al puente de Barbacoas o San Pablo, para que allí se parapetara y defendiera esa estratégica posición en caso de un ataque de las fuerzas de Albán.

Ya habían salido de Colón los batallones *Iturralde* y *Robles*, los que, reforzados con los desbandados de Emperador, habían abierto trincheras en las colinas, frontera al término del puente que semejaban como baluartes naturales. Asistían a Sotomayor el general Ricardo Nichelson, el mayor Ayala y otros.

El martes 26 de noviembre, el general Francisco de P. Castro decidió atacarlos. Muy temprano movilizó su tropa, de modo que a las siete de la mañana se cruzaron los primeros disparos con unas avanzadas traspuestas en las colinas de Bailamonos.

Las fuerzas del Gobierno iban en este orden: a la vanguardia marchaba el *Granaderos* con el comandante Manuel Pachón por jefe, seguido del *Colombia* y del *21 del Cauca*. A la retaguardia iban el *Magdalena*, el *Mompox* y el *Sánchez*, de que eran jefes respectivos los coroneles Enrique Cabas, Carlos Mateus y Joaquín M. Restrepo.

Pronto se hizo sentir el efecto de los fuegos liberales, certeros y no interrumpidos, que a medio combatir mataron al comandante Pachón e hirieron al coronel Restrepo. Luego cayó gravemente herido el capitán Damián Espinosa, del *Colombia*, heridos cuatro tenientes, y otros tantos soldados.

Notando el general Castro que la toma del puente por el frente tenía que serle dolorosamente costosa, ordenó al batallón *Magdalena* que vadeara el río por la parte de arriba y flanquease a los liberales. En esa operación se ahogaron dos soldados.

A pesar de este movimiento oportunamente ordenado, el comandante Huertas se aventuró con diez hombres por el mismo puente, resuelto a tomarse las posiciones liberales. «Como el comandante es de muy corta estatura, napoleónica —escribió Velasco— díceme un testigo presencial que apenas se le veía la espada levantada en la izquierda, indicando a sus soldados el camino del peligro y de la gloria.

(...) El niño de 15 años, sargento Jesús María Salazar, fue quien con valor impasible llevó su bandera y la fijó al cabo de ese largo puente al pie del enemigo asombrado de tan temerario denuedo».[28]

Unos pocos cayeron en el largo trayecto, pero la mayoría llegó a la meta y ocupó el sitio. Los liberales se sostuvieron con energía, mientras el general Nichelson los compelió con «su temerario ejemplo», y también mientras tuvieron bastante parque, pero al verse acometidos por Huertas y flanqueados y dominados por el *Magdalena* y sin jefes, pues Nichelson y Oyola murieron en el sitio, no tuvieron más remedio que dispersarse.

Las bajas de los gobiernistas fueron 37, entre ellos 3 jefes y algunos oficiales. Los liberales, ocho muertos.

Sin pérdida de tiempo, el general Castro ordenó avanzar sobre Tabernilla a donde llegaron con la noche.

Como la posición del puente de Barbacoas era de lo mejor desde el punto de vista militar, los jefes conservadores creyeron que una vez dominado y en poder del Gobierno, ya la resistencia liberal sería nula. Empero, algunos miembros del *Robles* y del *Iturralde*, con el general Barrera a la cabeza, aún insistiría en tratar de pararlos.

•

Mientras tanto, el general Albán el miércoles 27 se levantó muy temprano y acompañado de su ayudante, coronel Joaquín Caicedo, se dirigió en el tren de las 8 al campamento de Tabernilla, donde se hallaba su ejército, listo para continuar la lucha o para seguir a Colón a pie, si no lo impedían las fuerzas liberales. No bien llegó, movilizó las fuerzas y avanzó sobre Frijoles, punto donde no encontró ninguna resistencia.

Allí supo que los revolucionarios no estaban lejos y que resistirían, por lo que tomó todas las medidas para hacer una marcha precavida y evitar caer en una celada. Iban a la vanguardia el *Magdalena*, el

Mompox y el *Sánchez*; seguían a retaguardia los batallones *21 del Cauca* y el *Colombia*, que habían ocupado la vanguardia en los anteriores combates.

En un trayecto de algo más de una milla entre Frijoles y Buenavista, el camino ferroviario se encajonaba en línea recta entre dos eminencias desiguales inclinadas a modo de rampa, una de las cuales era montañosa y la otra más baja, cortada por ciénagas que miraban hacia el Chagres. En la falda alta y que mirando hacia Colón quedaba a la derecha, se encontraban los revolucionarios en formidables trincheras desde donde dominaban el largo radio de ese encajonado camino. Al término de esa gran recta hacía la vía un recodo, donde los liberales habían situado una barricada de tablones y piedra, pero sólo útil como atalaya para dar la voz de alerta. Desde ese punto se debería dar la señal de ataque, caso de que el Ejército nacional avanzase por la línea.

En efecto, a eso de la una del día, cuando la fuerza gobiernista llenaba todo ese tramo de la línea, una descarga cerrada inició el combate. En seguida una lluvia de proyectiles lanzada de las trincheras hería a quemarropa a los veteranos soldados, quienes sin saber a punto fijo los sitios del contrario, disparaban sin tregua haciendo principalmente con un cañoncito automático una tremenda sinfonía con sus rápidos disparos. Así pasó todo el día. Llegó la noche y no obstante los disparos liberales continuaban.

«Con puntería espantosa —relató Velasco— nos bajaban uno tras otro jefes, oficiales y soldados, imponiendo angustia en todos los corazones dispuestos a prodigar su vida por la causa. Allí fue herido el general Castro en una pierna; el comandante Huertas en la cara; el comandante Molinares, el comandante Pulecio, los capitanes Pío Quinto Cortés y Muñoz, del *Colombia*; Benjamín J. Ferro, del *Granaderos*; los alféreces Raúl Chevalier, Julio E. Ramos y Alfonso Vásquez, del *Colombia*; el teniente Cifuentes, del *Granaderos*. También allí murió el capitán Luis M. Ortega y otros muchos dignos de mención».[29]

En esos momentos el general Albán se presentó espada en mano, a estimular a su tropa. A la sazón, desde la una de la mañana el general Castro, no obstante su herida, acompañado de los coroneles Ortiz, Mateus y Vélez, con unos cien hombres practicaban un corte que les debía salvar, penetrando por una verdadera montaña virgen, con aguacero torrencial, noche negra y sin más instrumentos que los brazos que apartaban el enmarañado bosque, con el propósito de flanquear a los revolucionarios saliéndoles a la retaguardia cuando menos lo esperasen.

Así fue como a las cinco de la mañana del día jueves 28 fueron atacados por el lado del cementerio de Buenavista, y no tuvieron más remedio que alejarse. «Según cuentan, 87 eran los liberales que nos hicieron cerca de 70 bajas, debido a la tenaz porfía de Barrera de tirar sobre seguro».[30]

Aparte de los citados, los gobiernistas perdieron al jovencito Everardo G. de Paredes, niño de 14 años, que pertenecía a una de las familias conservadoras más notables del Istmo.

Los liberales tuvieron heridos al general Barrera, al comandante Moisés de la Rosa y al capitán Aguilar, quienes con el teniente Boyd fueron los únicos representantes de los Escuadrones en los últimos combates. Sus muertos fueron 8, entre los que figuraba Victoriano Urriola. La dimensión del sangriento saldo del enfrentamiento entre los soldados gobiernistas se pudo palpar en la ciudad de Panamá en la mañana del 28, cuando el tren llegó con 55 heridos, fuera de siete más que habían llegado en la tarde anterior.

En esta campaña de la línea las fuerzas gobiernistas tuvieron un total de 58 muertos y 121 heridos. A los liberales les cogieron 93 prisioneros. Y aunque éstos tuvieron menos muertos, varios eran irreemplazables, como hemos visto. Jefes como Hoyos, Nichelson, Zúñiga, Oyola, Londoño, fuera de Patiño, Cortissoz y Triana que murieron ahogados. Lugo se extravió herido entre las montañas de Gatún, lo mismo que Barrera.

Capitulación de Colón

El advenimiento de esas dos derrotas liberales agravó, como era natural, la situación en que se hallaba la ciudad de Colón; y para colmo, la hizo más difícil la aparición en aguas del puerto del cañonero *Próspero Pinzón,* cargado de tropas comandadas por el general Ignacio Foliaco, quien inmediatamente le intimó a De la Rosa por medio de un oficio la entrega de la plaza, con amenaza de bombardearla si en el perentorio plazo de dos horas no satisfacía sus exigencias.

Acto seguido dio respuesta al oficio de Foliaco, manifestándole que rechazaba su intimación; que si él estaba resuelto a llevar a cabo su amenaza de bombardeo, podía hacerlo, recalcándole que de su lado no saldría un tiro, mientras él no atacara la ciudad, dispuesto como lo estaba a no asumir las contingencias del choque que, íntegramente, se las dejaba a él, como así lo había hecho saber a los cónsules de las naciones amigas residentes en la plaza.

Transcurridas algunas horas, De la Rosa recibió la visita de los comandantes de los buques de guerra extranjeros anclados en el puerto: Henry McCrea, del *Machias*; y Francis Delano, del *Marietta,* norteamericanos; A. Galloway, del *Tribune,* inglés; y P. Lebrisse, de *Le Suchet,* francés.

Uno de ellos le explicó que la visita tenía por objeto informarle que el comandante de las tropas que estaban a bordo del cañonero *Próspero Pinzón* carecía de agua y otros elementos para el sustento de él y de los suyos, motivo por el cual deseaba proveerse de los mismos.

De la Rosa respondió: «Siento positivamente no poder aliviar la difícil situación del jefe enemigo, por el cual humanitariamente, así lo entiendo, se interesan ustedes. Media entre nosotros dos un estado de cosas que se rige por las leyes de la guerra que, en casos como el presente, son inexorables. De consiguiente, no comprendo cómo pueda él pretender que el jefe de una plaza enemiga, a quien acaba de exigirle la entrega de la misma bajo amenaza de bombardeo, lo libre de las

consecuencias que le acarrea su falta de previsión al no haberse provisto oportunamente de las municiones de boca de que carece».[31]

Terminado el diálogo, la conversación se generalizó sobre otros temas sin importancia. Se despidieron y los marinos tomaron las lanchas que se encontraban a corta distancia de la casa donde se reunieron.

Como a las cinco de la tarde, nuevamente los mismos comandantes visitaron al jefe liberal. Esta vez, para proponerle que se entrevistara con el comandante de las tropas que se encontraban en el cañonero *Próspero Pinzón*. Propuesta que el jefe liberal aceptó.

Escogidos por ellos el crucero *Tribune* para que en él se celebrara la entrevista, su comandante A. Galloway, a las 8 p.m. le envió una lancha para trasladarlo a su barco. Acompañado de don Arturo Rivera, alto empleado del Ferrocarril de Panamá, De la Rosa subió al *Tribune*, en donde ya se encontraban los comandantes del *Machias*, del *Marietta* y *Le Suchet*, y el general Ignacio Foliaco acompañado del oficial Domingo de Battemberg.

Foliaco y De la Rosa, aunque enemigos políticos, eran amigos personales, de suerte que el encuentro fue cordial. Hechas las presentaciones de Rivera y Battemberg, pasaron todos a la cámara del barco.

Tomó la palabra Foliaco para decirle a De la Rosa que aunque mantenía en todo su vigor la comunicación que le había dirigido, animado como estaba de buenos propósitos, le ofrecía honrosa capitulación.

La discusión se prolongó hasta muy avanzadas horas de la noche. Largamente trataron el asunto sin ponerse de acuerdo, por lo cual, por sugerencia de De la Rosa, Foliaco aceptó consultar al general Albán, siendo convenido que le concedería un plazo de 48 horas para recibir la respuesta, plazo en el cual aquel se comprometía a no atacar la ciudad. Se levantó un acta con todos esos detalles, la cual firmaron ambos en presencia de los comandantes que no se habían separado de la reunión.

En las primera horas de la mañana siguiente, De la Rosa fue informado de que el *Próspero Pinzón* acababa de levar anclas y se dirigía mar afuera. Pero tras corta ausencia, regresó. Sucedió que se había encaminado a Portobelo con el objeto de intimar rendición a la pequeña guarnición liberal que custodiaba ese puerto.

En medio de estos sucesos, intempestivamente se presentó en la ciudad, con unas cajas de parque, el general Porfirio Sotomayor, jefe de las tropas que habían rechazado en el puente de Barbacoas las arremetidas que en persona dirigía el general Albán. Había ordenado abandonar esa posición y ocupar a Buenavista, temeroso de que los gobiernistas a la larga pudieran arrebatársela.

Muy pronto De la Rosa recibió otra triste noticia. Después de toda una noche de viaje a pie, como a las ocho de la mañana llegó a Colón el sargento mayor Moisés de la Rosa, hermano del general, trayendo importantes noticias acerca de la retirada de los revolucionarios en el desigual encuentro con el enemigo en Culebra-Emperador y de la situación en que se hallaba el campamento de Buenavista, próximo a ser desbaratado por Albán.

Ignorante de aquel desastre, poco antes de la llegada del tren de pasajeros, De la Rosa recibió un telegrama del comandante Thomas Perry, del crucero *Iowa*, por medio del cual le comunicaba la fatal noticia, y a la vez le insinuaba que aceptara celebrar una entrevista con el general Carlos Albán; que éste estaba dispuesto a llevarla a cabo merced a su intervención, para lo cual juntos irían a Colón, si su respuesta fuera favorable. De la Rosa aceptó.

El 28 de noviembre de 1901 llegaron en tren el comandante Perry y el general Albán, quienes junto con De la Rosa se trasladaron a bordo del *Marietta*, barco escogido para que en él se llevara a cabo la entrevista.

Albán y De la Rosa ya se habían tratado personalmente en otras ocasiones, de modo que su saludo fue amistoso. El asunto que los reunía ya lo habían decidido, a favor de Albán, los acontecimientos del

día anterior. Ya en la cámara del *Marietta*, en presencia de los comandantes Francis Delano, su jefe y del comandante Thomas Perry del *Iowa*, llegó el momento de redactar el acta de la capitulación, que Albán dictó de acuerdo con De la Rosa.

Una vez cumplido este paso, Albán le preguntó:

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Treinta hombres— le contestó.

Albán no lo podía creer. —¡Treinta hombres!; y añadió:

—¡Qué es de Díaz? ¿Qué es de Lugo?— refiriéndose a Domingo Díaz y al general Jesús María Lugo.

Impasible, De la Rosa respondió: —Si usted no me da razón de ellos, yo no sé dónde están. La última comunicación que recibí del primero de ellos fue de El Arado y tiene fecha 24 de este mes.

Fácil es comprender la sorpresa que a Albán le causó esa información. De haberla conocido antes, con toda seguridad, en vez de capitulación, le habría intimado rendición.

A continuación, ambos jefes acordaron todos los detalles a cumplir al día siguiente en un acto destinado a formalizar la entrega de hombres y armamentos ante la presencia de los comandantes de las naves extranjeras.

Horas después, las tropas del cañonero *Próspero Pinzón* desembarcaban en Colón.

•

En la tarde del miércoles 4 de diciembre el tren acababa de llegar de Colón a la capital departamental. Ante la estación del ferrocarril una gran cantidad de público se arremolinaba para ver llegar las tropas. De repente, la turba fijó la mirada en el general Albán, acompañado de Domingo Díaz, a quien conducía personalmente al seno de su familia.

En la mañana de ese día Albán se había trasladado al caserío de Emperador con el objeto de verificar el convenio del día 29. Después

de suculento almuerzo, al que concurrió don Domingo con su secretario privado, el joven Guillermo Andreve, se procedió al recibo del parque y al otorgamiento de los respectivos salvoconductos.

Los derrotados prisioneros fueron 170, y la mayor parte llegaron esa tarde. Habían capitulado 87, entre jefes y oficiales; 26 clases y 57 soldados, los cuales entregaron 102 rifles, 4 peinillas, 1 corneta y 11.032 tiros. En Emperador quedó el mayor Nicolás Payán, encargado de seguir recibiendo las armas de los rezagados en la montaña y de darles su pasaporte como inclusos en la capitulación.

La aventura revolucionaria de don Domingo Díaz, de sólo 73 días de duración, había terminado.

Mientras tanto, en territorio penonomeño las fuerzas del general Victoriano Lorenzo permanecían incólumes esperando una mejor ocasión para servir a la causa liberal. Pensando lo mismo, allí también se encontraban Belisario Porras y Carlos Antonio Mendoza...

2. LA ÚLTIMA EPOPEYA REVOLUCIONARIA DEL LIBERALISMO EN PANAMÁ

El general Gabriel Vargas Santos, jefe del liberalismo y director supremo de la guerra, en diciembre de 1900 designó al general Benjamín Herrera con el carácter de director de la guerra en Cauca y Panamá. Durante meses estuvo ocupado en reunir elementos bélicos con qué sostener la lucha, y ya preparado, dispuso partir de Tumaco hacia Panamá a fines de 1901 con cerca de 1.500 hombres veteranos a bordo de varios buques.

El contingente desembarcó en Tonosí el 24 de diciembre al que pronto se le sumaron numerosos revolucionarios istmeños, con los cuales Herrera completó un respetable ejército. Entre los más notables que voluntariamente se incorporaron se encontraban Belisario Porras, Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales, Manuel Quintero Villarreal,